

Tus lebreles reposan,  
Con el anzuelo al pez engañar puedes  
En esa orilla fresca,  
O al pájaro con redes  
En aquella montaña,  
Como que sólo son de caza ó pesca  
Los artificios con que aquí se engaña.  
Pero ya soy molesto, y la sombría  
Tarde en este lugar nos hallaría,  
Si inútil no creyera  
Multiplicar loores  
Del campo y sus ventajas, en la era  
Que á los agricultores  
Apadrina, distingue y remunera.  
¿Quién más benignamente sabe amarlos,  
Quién con ansia mayor su bien promueve  
Que el magnánimo Carlos,  
A cuyo imperio el traficante debe  
La libertad dichosa que algún día,  
Léjos de conocerla por fomento,  
Aun dudó si tal vez le convendría?  
Hoy, con su estado el labrador contento,  
Verá cómo á sus frutos  
Valor aumenta el hábil fabricante,  
Que á premiadas labores ya se anima,  
Y libre de tributos  
El diestro navegante,  
En el remoto clima  
De la industria las dádivas derrama,  
Y de su rey benéfico la fama....  
¿Callas, Sileno amigo?  
¿Habré empleado mi discurso en vano?  
¿Tan poca es mi razón, que no consigo  
Me digas á lo menos....

SILENO.

Callo, Albano,  
Ya de agradecimiento,  
Ya de justa vergüenza confundido.  
Tu gran bondad, mi torpe engaño siento.  
No sólo las delicias naturales  
De la agreste mansion me has persuadido,  
Sino también de la ciudad los males.  
¡Ah, que, haciendo infeliz á mi consorte,  
Iba á serlo yo mismo, cautivado  
En los dorados grillos de la cárcel!  
Mil desengaños ella me daría  
Si no me los hubiera anticipado  
El favorable cielo, que te envía.  
¿Con qué inútil deseo  
Clamara por los bienes que hoy poseo!  
Y ninguno mayor que el de tenerte  
Por tan sincero amigo,  
Que así me enseñas á estimar mi suerte.  
Ya de aquí no prosigo;  
Vuelvo á la aldea, sí, llevando impresas  
Tus prudentes lecciones. Vén conmigo  
A la humilde y pacífica morada,  
En que, sin envidiar las ricas mesas,  
Te daré el desayuno que te agrada  
De leche, miel y fresas,  
Y de la fría cueva reservada  
Bebiendo alegres el licor precioso,  
Que allí depositaron mis mayores,  
Descarremos vida afortunada  
Al monarca piadoso  
Por quien felices son los labradores.

## SONETOS.

¡Fresca arboleda del jardín sombrío,  
Clara fuente, sonoras avecillas,  
Verde prado, que esmaltas las orillas  
Del celebrado y anchuroso río!  
¡Grata aurora, que viertes el rocío  
Por entre nubes rojas y amarillas,  
Bello horizonte de lejanas villas,  
Aura blanda, que templas el estío!

¡Oh soledad! quien puede te posea;  
Que yo gozará en tu apacible seno  
El placer que otros ánimos recrea,  
Si tu silencio y tu retiro ameno  
Más viva no ofrecieran á mi idea  
La imagen de la ingrata por quien peno.

Tres potencias bien empleadas en un caballero de estos tiempos.

Levántome á las mil, como quien soy.  
Me lavo. Que me vengan á afeitar.  
Traigan el chocolate, y á peinar.  
Un libro.... Ya leí. Basta por hoy.  
Si me buscan, que digan que no estoy....  
Polvos.... Venga el vestido verdemar....  
¿Si estará ya la misa en el altar?...  
¿Han puesto la berlina? Pues me voy.  
Hice ya tres visitas. A comer....  
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí....  
Pongan el tiro. Al campo, y á correr....  
Ya doña Eulalia esperará por mí....  
Dió la una. A cenar, y á recoger....  
¿Y es éste un racional?— Dicen que sí.

Trabajos en que se ve el poeta por causa de cierta Juana.

Pensando en Juana tomo siempre el sueño;  
Juana mi reflexion de noche afana;  
Pienso en Juana también por la mañana,  
Y Juana á todas horas es mi dueño.  
Juana me desanima con su ceño;  
Juana otras veces me parece humana;  
Severo estoy, según me mira Juana;  
Según me mira Juana, estoy risueño.  
Sin Juana estoy y á Juana tengo al lado;  
No es imperio el de Juana, es despotismo;  
Juana es en mí un espíritu arrimado,  
Y para Juana no hallo un exorcismo....  
¿Ves cómo este soneto está enjuanado?  
— Pues aún más enjuanado estoy yo mismo.

Á la misma.

Si empiezo á celebrar tus perfecciones,  
Es un contento cual me sopla el núnen;  
Escribiré de versos un volumen,  
Sin faltarme materia ni razones.  
Si te pinto mi amor, mis adicciones,  
Ya sea por extenso, ya en resúmen,  
Nunca los consonantes se consumen,  
Antes me los tropiezo á puntillones.  
Diré en estilo crespado, altisonante,  
En metro pastoril ó en copla llana  
Cuanto se me pusiere por delante;  
Pero es lo malo que, en nombrando á Juana,  
Lléveme Dios si encuentro consonante  
Que la venga tan bien como *inhumana*.

Cumple el autor la palabra que dió de escribir un soneto á los ojos de Laura.

¿Un soneto á tus ojos, Laura mía?  
¿No hay más que hacer sonetos, y á tus ojos?  
— Serán los versos duros, serán flojos;  
Pero á Laura mi afecto los envía.  
¿Con que, ha de ser soneto? ¡Hay tal porfía!  
— ¡Tal que por estos súbitos arrojos  
Se ven tantos poetas en sonrojos,  
Que lo quiero dejar para otro día.  
— Respondes, Laura, que no importa un pito  
Que no sea el soneto muy discreto,  
Como hable de tus ojos infinito.  
— ¿Sí?— Pues luego escribirle te prometo.  
Allá voy.... ¿Para qué, si ya está escrito,  
Laura mía, á tus ojos el soneto?

Al mismo asunto.

Si pudiese un curioso inteligente  
De tus ojos hacer anatomía,  
Alguna cosa en ellos hallaría  
Que no tienen los ojos comunmente.

Á un poeta dramático.

El que de su quietud tanto se olvida,  
Que entrega á bravo mar frágil navío;  
El que en la guerra, por mostrar su brío,  
Pone contra mil balas una vida;  
Quien todo su caudal de un lance envida;  
Quien no esgrime y se arriesga á un desafío;  
Quien se expone al capricho ó al desvío  
De una mujer hermosa y presumida;  
El que sube á una cátedra sin ciencia,  
Y el que al púlpito saca sus sermones  
Fundando en su memoria su elocuencia,  
Todos ellos de tí tomen lecciones  
En materia de arrojo y de imprudencia,  
Pues al teatro das composiciones.

Respuesta del autor á un curioso que le preguntó qué gusto hallaba en leer las *Soledades* de Góngora.

Si el hombre no sintiera picazonas,  
El placer de rascarse no tendría;  
Si hambre ó sed no sintiera, el agua fría  
No anhelara, el buen vino, los jamones.  
Porque hay sueño, le saben los colchones,  
Y le sabe la lumbre si se enfria;  
Strvenle, pues, de gusto y alegría  
Las que parecen duras precisiones.  
Ama la libertad porque hay tiranos,  
Y porque hay tanta fea, las beldades;  
La verdad, porque trata cortesanos.  
Yo (que todo me vuelvo claridades),  
Por gustar más de versos virgilianos,  
Leo las gongorinas *Soledades*.

Á la general aceptación que logró en Madrid un elefante.

Si pudiera yo ser un Octaviano,  
Que á mis plantas el orbe sometiera,  
O el inmortal Virgilio, y compusiera  
De la *Encida* el poema soberano;  
Si fuera yo Platon ó Quintiliano;  
Si un Leibnitz, un Lineo, un Newton fuera;  
Si el Copérnico fuese de esta era;  
Si un Pergolese, un Garrick ó un Ticio,  
¿Sabes qué hiciera entónces? Renunciara  
Glorias de armas y letras, y al instante  
Con ambicioso empeño las trocará,  
Porque de mi persona en adelante  
Esta gran corte la mitad hablara  
De lo que da que hablar el elefante.

Responde el autor á un amigo, que le instaba á que publicase algunas poesías compuestas en su juventud.

Aunque es verdad que he escrito algunos miles  
De versos, si no buenos, tales cuales,  
Líricos, amorosos, pastoriles,  
Satíricos, dramáticos, morales,  
¿Qué han pecado mis coplas juveniles,  
Para que con trompetas y atabales,  
Con pregonero y sendos alguaciles  
Salgan por esas calles y portales?...  
No, Fabio; las sepulta una gabeta,  
Donde el sol no las ve, ni yo tampoco;  
Ni han de estamparme en pública tarjeta,  
Pues temo al vulgo como niño al coco.  
Déjame con mi vena de poeta,  
Y no quieras que tenga la de loco.

Vióse un guerrero en lides y ruinas,  
Páganle en fama, voz que lleva el viento;  
Desvelóse un autor, y está contento  
Sólo con ver su nombre en las esquinas.  
Cede un indiano el fruto de las minas  
Porque le den de conde el tratamiento;  
Surca un viajero el pérfido elemento  
Para decir: «Estuve en Filipinas.»  
Sacrifica en palacio un cortesano  
Su salud, libertad, descanso y rentas  
Sólo porque le mire el soberano.

Ya miras recatada, ya insolente,  
Con afabilidad, con tiranía;  
A veces con ternura y picardía,  
A veces distraída, indiferente.  
Yo, poeta (aunque indigno), bien pudiera,  
En aplauso y honor de ojos tan bellos,  
Los versos que deseas presentarte;  
Mas, pues son ojos que hablan á cualquiera,  
Y á mí nada me dicen, vayan ellos  
A surtirse de versos á otra parte.

A tí me quejo, Apolo justiciero,  
De que nunca en mis versos fui dichoso:  
Si sátiras escribo, me hago odioso,  
Y si elogios, me llaman lisonjero.  
Soy, si escribo de burlas, chocarrero;  
Si por lo serio canto, soy un soso;  
Si al lauro teatral aspiro ansioso,  
Es mi censor cualquiera majadero.  
Llevando yo al Parnaso esta querrela,  
Respondió Apolo: «Al que profesa mi arte  
Persigue siempre esa infeliz estrella;  
»Pero el mejor remedio quiero darte:  
Canta las gracias de tu Orminta bella;  
Tendrás á todo el mundo de tu parte.»

Imitación de Horacio, lib. IV, od. X.

*O crudelis adhuc et Veneris muneribus potens, etc.*

Fili, siempre cruel y envanecida,  
Porque debiste á Venus tantos dones,  
La edad te cogerá desprevenida  
Y el viento llevará tus presunciones.  
Perderás la madeja que, esparcida  
Al soplo de los céfiro, expones,  
Y huirá de la tez envejecida  
Ese color que al de la rosa opones.  
Entónces al espejo podrás verte,  
Y exclamarás: «¿Por qué no pensaría,  
Mientras hermosa fui, joven y fuerte,  
» Como hoy pienso al perder mi lozanía?  
O ¿por qué, cuando pienso de esta suerte,  
La hermosura no tengo que tenía?»

Situación crítica de un poeta.

Ofréceme, tal vez, la fantasía  
Un concepto feliz para un soneto;  
Entre escribir ó no, discurro inquieto;  
Siento en mí, ya valor, ya cobardía.  
Resuélveme á empezar; mas no querría  
Que me engañase un ímpetu indiscreto;  
Y teniendo á los críticos respeto,  
Ya se acalora el núnen, ya se enfria.  
Batallo en mi interior, dudo y vacilo;  
Me hace cosquillas, súfrolas un rato;  
Escribo un poco, párome y cavilo.  
¿Qué tentación! En vano la combato.  
Y al fin, ¿qué haré?— Para quedar tranquilo,  
Componer el soneto es más barato.

A un poeta que nunca bebía vino, y que escribió unos versos de estilo afectado y llenos de despropósitos.

Roto el velamen, gúmenas y entenas,  
Se precipita el naufragante río,  
Y susurrando fértil el navío,  
Riega las espadañas y verbenas.  
El rugir de las dulces filomenas  
Defiende el prado del rigor del frío;  
Cantan las fieras del confin sombrío,  
Y los robles erizan las melenas....  
Después de una solemne comilona,  
En que hubo más peralta que Helicona,  
Escribí yo este fiero desatino.  
A mi casa volví, dormí la mona,  
Y dije: «Yo conozco una persona  
Que disparata más sin probar vino.»

Así yo sufro amor, celos, afrentas;  
Sirvo, pretendo, y tú, dueño tirano,  
Con sola una mirada me contentas.

Dicho de un andaluz.

Estando de una cruz al pié sentado  
Un andaluz, gran chuseo, gran chancero,  
En un hijo del Bétis caballero  
Pasa un fidalgo portugués finchado.

Mira, á ley de cortés y bien criado,  
Al andaluz y quitase el sombrero;  
Este, correspondiendo al forastero,  
Se quita la montera con agrado.

«Não hé vossé á quem fago a cortezia,  
Mas á essa cruz», le dice el lusitano  
Con bien inesperada altanería;  
Y el andaluz responde: «Calle, hermano,  
Puez yo tampoco á uzted ze la jaeta;  
A eze potrico zi, que ez mi paizano.»

Dicho de una gallega.

Cierta gallega que en la córte estaba  
Advirtió varias veces que decía,  
Quién no con intencion, por cortesía,  
Dominus tecum al que estornudaba.

Cuando de vuelta en su lugar se hallaba  
(Donde era este latin algarabía),  
A todo aquel que estornudar oía  
Con el Dominus tecum saludaba.

Reparando expresion tan campanuda  
Una vecina, en tono espantadizo  
Preguntó: «¿Qué decis al que estornuda?»  
Y ella, encogida de hombros, satisfizo:  
«Allá en Madrid lo dicen, y, sin duda,  
Eso debe aliviar el romadizo.»

Al excelentísimo señor don Francisco Pésaro, recién electo procurador de San Marcos, en Venecia (1).

Hoy que, excitando pública alegría,  
Decoro añades al honroso puesto  
Que exigir tu gran mérito podría  
Si supiese dejar de ser modesto,

La humilde, la lejana musa mía  
Anhelaba llegar al Adria presto,  
Como si el débil eco que allá envía  
Pudiese hacer tu honor más manifiesto.

Pero la dije: «Al númen de la historia  
Toca del digno prócer el retrato:  
No eres bastante á pregonar su gloria;  
»Di sólo que tu dueño le fué grato,  
Y que eternos conserva en la memoria  
Su culto ingenio y su apacible trato.»

Epitafio á don Juan de Iriarte, tío del autor.

En paz descansa, ¡oh venerable anciano!  
En paz, que falta al mundo que abandonas,  
A recibir de estrellas las coronas,  
No de hiedra ó laurel caduco y vano.  
Tu memoria el Parnaso castellano  
Repetirá con llanto en ambas zonas,  
Pues al compas del patrio verso entonas

(1) Traducción del soneto antecedente, por el conde don Juan Bautista Conti.

Pésaro, in questo sì festevol giorno,  
Che il merito onor sublimi, e pregi,  
Tanto sei di virtù d'incliti pregi  
(Ben so che offendo tua modestia) adorno,  
Votol pur mia musa al tuo d'Adria soggiorno  
Volar, non usa a dir d'uomini e pregi:  
Stolta! che avien con voce umil sì pregi  
Far più il tuo nome risuonare intorno.  
Ma le diss'io: «Bendá a tal merto onore  
La Dea, che le bell'opre orna d'istoria:  
Che tu non giungi di sue lodi al segno.  
»Dir sol potrai che di grazia e d'amore  
Mi degnò un tempo, e ch'io serbo memoria  
Del suo dolce costume e culto ingegno.»

El metro (2) sulmonense y (3) mantuano.

Y tú, que pisas, mudo pasajero,  
Al dulce Iriarte, que descansa ahora  
Sin ciega envidia, sabio verdadero,  
Si el intenso dolor que yo recibo  
Me quieres aliviar, muerto le llora;  
Que tú le amaras si le vieras vivo.

Contra las dos comedias que en él se expresan.

¡Oh Bodas de Camacho! ¡Oh sin ventura,  
Y misera y mezquina y malhadada  
Fábula pastorall! ¡Ay me, cuitada,  
Llena de languidez y de tristura!

¡Oh Menestrales! pieza insulsa y dura,  
De invencion tabernaria y arrastrada,  
Y de moral que ni á la plebe agrada,  
Aun cuando ve que al noble se censura.

Gemelas sois, Por más que los briales  
Alce la Prado, y luzca en la opereta  
La *Tordesillas*, fastidiosas iguales.

Patio, aposentos, gradas y luneta,  
Éstos sí que son jueces imparciales,  
Y no los que ofrecía la *Gaceta*.

Á LA PRINCESA, NUESTRA SEÑORA.

En que se critican las dos comedias de *Las Bodas de Camacho* y *Los Menestrales*.

Entrais, señora, en el octavo mes;  
Y hay quien diga, sin ser profeta Amós,  
Que por segunda vez pariréis dos;  
¡Ay Luisa amable! Y aunque fueran tres.

Lo malo es que en un año, y aun despues,  
Hablando de gemelos y de vos,  
Lloverán en Madrid (librenos Dios)  
Malditos versos, dignos de entremes.

Los jueces de la pompa teatral  
Premiarán dos comedias: premien mil;  
Pero mandad, señora, al tribunal  
Que, aunque á escribirlas venga un albañil,  
No haya más *Pastoral* ni *Pastoral*,  
No haya más *Menestral* ni *Menestral*.

El padre de los dioses soberanos  
Desde los estrellados pavimentos  
Se burla de los cálculos é intentos  
Que en la tierra meditan los humanos.

De los amantes ciegos y livianos  
Tambien desprecia Amor los juramentos,  
Y les permite hacer ofrecimientos,  
Para reirse de que salgan vanos.

Así, por más que Apolo en algun día  
Me consintió jurar que en lo futuro  
Los versos y la lira olvidaría,

Hoy á cantar de nuevo me aventuro;  
Pero tus gracias canto, Orminta mía,  
Y no temo ni siento ser perjuro.

Todo yo á tu dominio estoy sujeto,  
Pero mi pensamiento, no, señora,  
Pues aunque lo rehuses, él te adora,  
Y te pierde á sus solas el respeto.

Contempla el rostro de su amado objeto,  
Y aun le besa mil veces cada hora;  
Él goza las delicias que atesora  
Bajo el blanco cendal el corvo peto.

Tambien sin tu licencia ni tu agrado  
Suele llegar al dulce complemento  
De aquel bien que Amor niega á un desdichado;  
Ni puedes castigar su atrevimiento....

Pero ¡ah! bastante queda castigado  
Con ser, al fin, no más que un pensamiento,

(2) De Ovidio.  
(3) De Virgilio.

No hay gusto cumplido.

Ni siquiera un renglon ayer he escrito,  
Que es para mí fortuna nunca vista;  
Hice por la mañana la conquista  
De una graciosa ninfa á quien visito.  
Entre amigos comí con apetito;  
Fui luego en un concierto violinista,  
Y me aplaudieron como buen versista  
En cierto conciliábulo erudito.  
Divertíme en un baile, volví en coche,  
Y el día se pasó como un instante.  
¡Qué diversion tan vária, tan completa!  
¡Qué vida tan feliz!... Pero esta noche  
Me quitó el sueño.... ¡Quién? Un consonante.  
¡Oh desgraciada vida de un poeta!

Respuesta á un amigo que llamó al autor hombre feliz.

Sí, Fabio; logro aquí salud cumplida,  
Comodidad, trabajo moderado.  
Amigos que me tratan con agrado,  
Y libertad, que es la segunda vida.

La poesia dulce me convida,  
La música me ofrece un desenfado.  
¡Qué placer la lectura me ha negado?  
¡Qué pesar en el baile no se olvida?

Envidias por todo esto mi ventura....  
¡Qué mal te quieres, Fabio! Te aconsejo  
No vuelvas á pensar en tal locura.  
¡Ah! Si vieras las prendas y el gracejo  
De cierta desdenosa criatura,  
¡Qué dieras por no estar en mi pellejo!

A una dama que hilaba en un torno.

Algun día será lienzo casero,  
Bella hilandera, ese delgado lino,  
Y en su vez le arrastrará el destino,  
Ya trapo vil, á un sucio basurero.  
Luego le sacará de allí un trapero  
Para que hagan papel en un molino,  
Y escribirá (si mal no lo adivino)  
Algun poeta en él un libro entero.

Irá este libro á manos de algun bicho  
Que á los poetas menosprecia y aja;  
Y entonces su excelencia, por capricho,  
Se limpiará con él la sala baja....  
Arrima el torno, y di que yo te he dicho  
Que este premio dan hoy á quien trabaja.

La independencia.

Del oro, como muchos, no dependo,  
Fabio, pues ni le guardo ni codicío;  
Ni dependo jamas del vulgar juicio,  
Pues dar á luz mis obras no pretendo.

Del sexo mujerial casi no pendo,  
Pues amo por placer, no por oficio;  
Y aun ménos de la córte y su bullicio,  
Pues de fingir y de adular no entiendo.

Solamente dependo de la muerte,  
Ya que discurso no hay ni diligencia  
Que de su despotismo nos liberte.  
Mas la espero sin miedo y con paciencia,  
Vivo sin deseársela; y de esta suerte,  
Amigo, se acabó la dependencia.

Descripción de la familia y tertulia de cierta casa de Madrid.

Es don Miguel tu caballero andante;  
Tú eres, Ines, la misma Dulcinea;  
Es tu criada Maritónes fca,  
Y tienes un lacayo Rocinante.

Tu tío á Sancho Panza es semejante,  
Tu paje es natural que el Rucio sea,  
Y tengo á tu marido, acá en mi idea,  
Por follón, malandrín y atroz gigante.

Un majillo con traza de barbero  
Veo en tu casa, y asimismo un cura;  
Cervantes será yo, que lo refiero;

Reconciliacion despues de unos celos y un desmayo.

Acordarme no quiero, Orminta amada,  
Del desmayo en que apenas pude verte  
Cuando estaba la imágen de la muerte  
En tu bello semblante retratada.

Olvido la sospecha mal fundada  
Que contra mí forjó la adversa suerte,  
Y el cargo por sí débil, pero fuerte,  
Cuando tierna le hacías, cuando airada.

Sólo me acuerdo, sí, de aquel abrazo  
En que tu gracia vi restituida,  
Y vi alargada á mi esperanza el plazo,  
No quede cicatriz de tal herida;  
Reine la paz; y en tan estrecho lazo,  
Hallen muerte los celos, y yo vida.

Metióse Amor á boticario un día,  
Bella Orminta, y compuso una receta  
Para curar á un misero poeta  
Que herido de sus flechas padecía.

Mezcló la leche, el néctar, la ambrosía,  
La azucena, la rosa y la violeta,  
El metal rubio del primer planeta,  
El coral y las perlas que el mar cria.

Pero salió el remedio tan ardiente  
Como la misma fragua de Vulcano;  
Erró el traidor la dosis ciertamente;  
Sobre todo de sal cargó la mano;  
Enconóse la herida de repente,  
Y no espero en mí vida verme sano.

Al ver yo mil poetas zalameros  
Que á sus damas llamaban serafines,  
Claycles, azucenas y jazmines,  
Diamantes, perlas, soles y luceros;

Al ver cómo sus versos lisonjeros  
De nácares llenaban y carmines,  
Los llamaba salvajes y rocines,  
Los trataba de locos y embusteros.

Hoy Cupido esta burla vengar quiere  
Mandando que de Orminta me apasione,  
Y con las armas que yo herí me hiere.  
Que hable yo igual idioma ya dispone;

Mas si hay quien mi flaqueza vitupere,  
Amor, haz que de Orminta se aficione.

¡Valga el diablo esta murria con que lucho,  
Que há días que me tiene medio lelo!  
Suspiro, como mal, de noche velo,  
Y, sin saber por qué, madrugo mucho.

Me están hablando á veces, y no escucho;  
Ya soy de distraccion lindo modelo;  
La soledad es mi único consuelo;  
Era alegre, y me he vuelto hombre machucho.

De este mal que me pone en tal cuidado  
El origen no acierto, y aun le ignora  
Un famoso doctor que hoy me ha pulsado....  
¡Burro de mí! Ya doy en ello ahora;

Te vi, y sin duda estoy enamorado....  
Soy un necio; perdóname, señora.

Eres, Juana, el iman del alma mía;  
Eres el norte fijo de mi idea;  
Ya excedes en encantos á Medea,  
Ya tu hermosura á Vénus desafia.

Eres clavel, jazmin, rosa, ambrosía,  
Leche, néctar, almíbar y jalea;  
Tigre, Nerona, atroz Pentésilca;  
Cielo, lucero, sol, la noche, el día.

Aljófár eres tú de la mañana;  
Un cesto de rubies y granates,  
Nácar, nieve, alabastro, porcelana....  
Mas ¡qué te estoy diciendo!... Mil dislates,

Que á damas que no valen lo que Juana  
Han dicho otros poetas botarates.

Y para más novela y aventura,  
Tienes un mal-ferido caballero,  
Que está haciendo á tus piés triste figura.

Dictado por el autor, ya postrado en cama, pocos días antes  
de su fallecimiento.

Lamiendo reconoce el beneficio  
El can más fiero al hombre que le halaga;  
Yo, escritor, me desvelo por quien paga  
O tarde, ó mal, ó nunca el buen servicio.  
La envidia, la calumnia, el artificio,  
Cuya influencia vil todo lo estraga,  
Con más rabiosos dientes abren llaga  
En quien abraza el literario oficio.  
Así la fuerza corporal padece,  
Falta paciencia, el ánimo decae;  
Poca es la gloria, mucha la molestia;  
El libro vive, y el autor perece.  
Y ¡amar la ciencia tal provecho trae!.....  
Pues doy gusto á Forner, y hágame bestia.

Inserto en una carta del autor á don Vicente de los Ríos.

Yace debajo de esta fria losa  
Uno más frío que ella, el buen Sedano,  
Que escribió un drama hebreo y castellano,  
E ilustró (1) ajenos versos con su prosa.  
Débenlo coleccion voluminosa  
No pocos héroes del Parnaso hispano,  
Sin que le fuese el público á la mano,  
Mientras de autores muertos hizo glosa.  
Quiso hablar de un vivo; y el pobrete  
Llevó una tunda célebre, que acaso  
No la esperaba tal de un mozalvete.  
Murióse de resultas del fracaso,  
Diciendo: «Nunca más, *Madrigalete*.....»  
¡Adios, décimo tomo del *Parnaso*!

## EPIGRAMAS.

Vendíase en almoneda la librería de un hético, y opinó el autor que  
á las puertas de ella se pudiese esta inscripción.

De libros un gran caudal  
Aquí un hético dejó.  
No temais comprarlos, no,  
Que no se les pegó el mal.

Estando el autor componiendo unos versos, le importunaban las  
campanas de una parroquia, y las dijo entonces:

Campanas, ¡oh si con vos  
Cargara el diablo á dos manos!  
Que matais á los cristianos  
En són de alabar á Dios;  
Cuatro sois, no una ni dos.  
Vaya, callad, y entre tanto  
Versos (con más dulce canto  
Que el vuestro) en premio os haré.....  
¡No callais!—Aguardaré  
A hacerlos el Viérnes Santo.

Á un vizcaino muy aprensivo, que pidió á su zapatero le tomase  
el pulso.

Fabio de cabalgadura  
Ya con el renombre se alza,  
Pues el mismo que le calza  
Es el que también le cura.

(1) Mejor diría yo *ofuscó*.

Á una dama que se peinaba á sí propia.

Ya nada he de pretender  
Sino que tu peluquero  
Un día se quiera hacer  
Amigo de mi barbero (2).

Casado con tres mozas en Granada  
Al mismo tiempo un picaron vivía.  
La justicia mandó que castigada  
Fuese en un burro tal poligamia.  
Por las calles la plebe lastimada  
Preguntaba el delito, y él decía:  
Señores, me han sacado á dar doscientos.....  
—¿Por qué?—Por frecuentar los sacramentos.

Á una dama que se arrebolaba, y gustaba de acariciar perros  
falderos.

Ñiña, ¿por qué disfrazas  
Tu color con pintura?  
Y ¿por qué con ternura  
Perros besas y abrazas?  
Ya de tí me rechazas  
Con tu gusto insensato;  
Y es doble desacato  
Que anden en tu palmito  
La pata del perrito  
Y la mano del gato.

Cierto verdugo formó  
De trapos, paja y papel  
Un hombre, ensayando en él  
A un hijo que Dios le dió.  
Mas el aprendiz clamó:  
«Padre mio, yo no quiero  
Oficio tan carnícero.»  
Y el padre dijo: «¡Ah, bribon!  
¡No es ésta tu vocacion!.....  
Yo te pondré á tabernero.»

Á una dama que se arrebolaba á sí propia.

Lisarda, cuantos pintores,  
En su oficio consumados,  
Consiguen ver celebrados  
De su pincel los primores,  
Ya te son muy inferiores,  
Pues ninguno en arte tal  
Posee el dón especial  
Y habilidad superior  
De ser á un tiempo *pintor*,  
*Retrato* y *original*.

Criticase á cierto poeta que acostumbraba truncar en sus poesías el  
sentido de las expresiones, dividiendo entre el fin de un verso y  
principio del otro algunas dicciones que deben usarse siempre  
unidas.

Muchos dicen que, porque *al*  
Verso siguiente va *con*  
Las palabras de otro, *don*  
Fulano pasa por *mal*  
Versista; pero aun con *tal*  
Error, cumple como *buen*  
Poeta, pues poniendo *en*  
Sus versos cabales *las*  
Silabas, deja á otro *más*  
Hábil colocarlas bien.

Á un célebre tocador de clarín.

Cuando disminuye ó crece  
En ese clarín el viento,  
Y cuando á tu docto aliento  
Con tal dulzura obedece,  
Uno de sus dos parece

(2) El que escribió este epigrama se afeitaba á sí propio.

## POESÍAS VARIAS.

Definición del mal que llaman *esplin* (en inglés *spleen*).

Es el *esplin*, señora, una dolencia  
Que de Inglaterra dicen que nos vino;  
Es mal humor, manía, displicencia,  
Es amar la afliccion, perder el tino,  
Aborrecer un hombre su existencia,  
Renegar de su genio y su destino,  
Y es, en fin, para hablarte sin rodeo,  
Aquello que me da si no te veo.

### PREGUNTAS SUELTAS.

¡Mujer, mujer! ¿qué más quieres de mí?  
¿Quieres aborrecerme?—Eso haces ya.  
¿Quieres mi corazón?—Ya te le di.  
¿Quieres muera á tus manos?—¡Ojalá!  
¿Quieres versos?—Pues héte los aquí.  
¿Quieres que no te vea?—Bien está.  
Pues di, mujer, ¿qué más puedo hacer yo?  
¿Olvidarte? ¡Ay, mis ojos! Eso no.

Á la fortuna que logró el autor en que una dama le copiasse unos  
versos suyos.

### DÉCIMA ENDECASILABA.

Del dios de los poetas soberano  
Huyó la bella Dafne rigurosa;  
Yo hallé Dafne más bella y más piadosa,  
Siendo de Apolo un aprendiz mediano.  
Hoy ella misma con su blanca mano  
Se digna de escribir mi poesía,  
Y el dios ser aprendiz desearia;  
Que cuando logró yo dicha tan rara,  
Mi lira por la suya no trocará,  
Y él trocará su Dafne por la mía.

### SILVA.

No bien nace la aurora,  
Cuando mis amorosas inquietudes,  
Que en siglos me convierten cada hora,  
Para sufrir de nuevo ingratiudes  
Me hacen dejar el lecho que aborrezco.  
Desde entonces al mal de que adolezco  
Mi triste fantasia,  
Cansada de buscar otros alivios,  
Uno solo procura,  
Cuando á exclamar me obliga: «¿Por ventura  
Este que hoy amanece será el día  
Que la tormenta trocará en bonanza?  
¿No querrán todavía  
Aquellos ojos que me miran tibios  
Animar mi perdida confianza?»

Así busco á mi pena algún consuelo  
Mientras el sol prosigue su carrera;  
Pero despues que de la noche el velo  
Las tierras ha enlutado,  
Si examino mi estado,  
Tan infelice soy como ántes era.  
¡Ah, beldad hechicera!  
Dulce transformadora  
De mi genio, costumbres, diversiones,  
Tareas, complexion, inclinaciones!  
Mi corazón, de que hoy eres señora,  
Sólo al amor por tí ya se dedica,  
Y sus pasiones todas sacrifica.

Permite que me acuerde  
De cuando yo solía,  
De pesares ajeno,  
Ya reclinado sobre el césped verde  
Que en sus orillas Manzanares cria,  
Ya en el retiro ameno.  
Del soto, cuya entrada el sol ignora,  
Con lira, á la verdad, poco sonora,  
Cantar mis pobres versos, inspirados  
De musa no discreta,

Que la Fama te prestó,  
Diciendo: «No basto, no,  
Para alabarte, y así,  
Tú mismo alábate á tí,  
Que lo harás mejor que yo.»

Á don Josef Castellanos, sujeto habilísimo en el difícil arte  
de remedar.

Con variedad tan ligera,  
Moviendo ojos, lengua y manos,  
No es un hombre Castellanos,  
Es una nacion entera.  
Por su boca justo es quiera  
La naturaleza hablar,  
Pues su ingenio singular  
Todo lo copia tan fiel,  
Que imitando á todos él,  
No hay quien le pueda imitar.

Á un vizcaino, autor de unos malos versos castellanos en metro  
que él llamaba sáfico y adónico.

Por más que en metro latino  
Voces castellanas usas,  
No te permiten las Musas  
Dejar de hablar vizcaino.  
El rebuzno de pollino,  
En que el verso se trocó  
Que Safo en Grecia inventó,  
Hizo que Apolo exclamase:  
«Caballo en el Pindo (1), pase;  
Pero ¿borrico?—Eso no.»

Á una dama que padecía una fluxion á los ojos.—Redondilla com-  
puesta de repente, con motivo de haber dicho á la señora uno de  
sus tertulianos que sentía mucho verla así.

Hoy tus ojos no están buenos,  
Y hay quien dice que lo siente;  
Yo no, porque, finalmente,  
Son dos enemigos ménos.

Escribano, que inmediata  
Tienes tu casa á un platero,  
Pon en ella este letrero:  
«Todos limpiamos la plata.»

Cierto escritor de sainetes  
Dice que hace lo que sabe,  
Y autores hay que aseguran  
Que no sabe lo que hace.

A un viejo avariento.

Haces muy bien en ser aprovechado;  
Que con eso tendrás, cuando te mueras,  
Un pedazo de pan asegurado.

En tus versos á Teodora,  
Fabio, no has hecho muy mal  
En llamarla *mi pastora*,  
Porque la buena señora  
Tiene la traza de tal.

Mahomed, yo te aseguro  
Que en medio de estas querellas,  
Si nos pides cien doncellas,  
Nos vemos en un apuro.

Juguete, respondiendo con las mismas palabras de la pregunta.

He reñido á un hostelero.  
¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?  
—Porque donde, cuando como,  
Sirven mal, me desespero.

(1) El Pegaso.